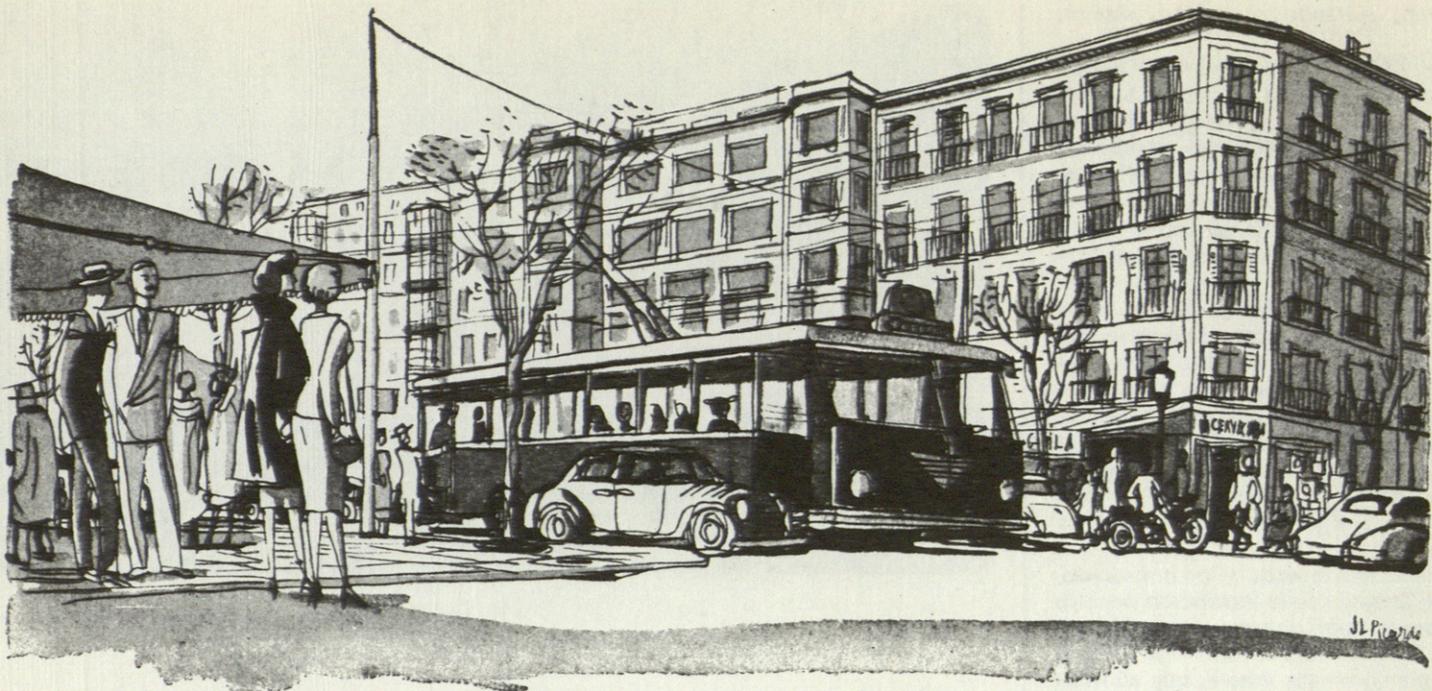


Acompañamos a este artículo de Julián Peña, sobre el sugestivo tema de los Paseos en Madrid, el plano que, hace unos años, preparó el profesor Luis Moya sobre la organización de la ciudad en el siglo pasado, con las indicaciones de los lugares próximos a Madrid donde sus habitantes iban a pasar sus veranos, huyendo, cerca pero huyendo, de los calores estivales. En sencillas y tranquilas paseatas.



Lo que vemos

## PASEOS

Yo que, por lo que me estoy dando cuenta, soy bastante raro, aunque cada cual tiene sus rarezas, si bien el caso no nos sirve de consuelo, acostumbro, cuando la ocasión se me presenta propicia, a pasear. Me gusta hacerlo por zona rústica y por urbana, sin distinción; entre las primeras, mis preferencias van hacia la forestal y montañera, de las segundas, prefiero la histórica y tradicional. Sin embargo, no me atrae deambular por las zonas llamadas de reserva urbana, por la circunstancia comprobada de su falta de personalidad. Aquello no es ni ciudad ni campo, ni carne ni pescado, en fin, "ni chicha ni limoná".

De andar de un lado para otro, en los ratos libres, por la geografía urbana de la villa en que resido, surgen los comentarios con que obsequio a mis pacientes lectores, con regularidad que me asombra. Ahora, en este mundo todo se sabe, conocedor el Director de ARQUITECTURA de mis preferencias y gustos, me invita a que me explaye y discurra sobre los Paseos y paseos de Madrid. Sobre su historia, si de ello sé algo, sobre su pasado, su actualidad y su futuro.

Aclaremos que llamamos Paseos, con mayúscula, a las vías urbanas que llevan ese nombre, mientras que conocemos por paseos, a la actividad humana de utilizarlos para pasear. ¿Pero aún existen Paseos que son utilizados, cuando el siglo XX se acerca a su final, para pasear? ¿Quiere pasear el ciudadano actual? ¿Le hace falta hacerlo? He ahí la problemática de la cuestión.

Rogando se me perdone la introducción de la palabra problemática en mi texto, continúo diciendo que hay mucho que hablar de los Paseos de la villa de Madrid, hoy en progresiva disminución, camino de su extinción como tales. Dicen que el urogallo, que aún vuela por los montes asturianos y lucenses, pronto es posible desaparezca del catálogo de aves cinegéticas españolas; que la capra hispánica, en el central Gredos y en el casi mediterráneo Beceite, sobrevive a duras penas; que en los Picos de Europa existen exactamente cuatro ejemplares de oso. Pero, todavía, son miembros de la fauna peninsular gracias a las medidas protectoras que, para su conservación, toma el Estado español a través de los organismos competentes. Si aún así, no podemos sentirnos optimistas ante el futuro de las especies citadas: ¿Qué ocurriría, en breve plazo, si se les dejara huérfanos de la más elemental protección, o, incluso, se les persiguiera sañudamente?

Volvamos a los Paseos urbanos, esas vías amplias, arboladas, con zonas lineales independientes, adecuadas para pasear, bien sea a pié, o en carruaje. ¿Gozan de alguna medida protectora estos elementos históricos de nuestros trazados urbanos? ¿Se desea la supervivencia de los mismos? Dolorosamente, hemos de reconocer que no. Más bien, al contrario, son perseguidos con encono, como muestra de un pasado cursi y subdesarrollado, que debe dejar paso a algo más actual y progresivo. Quizá: la moda "camp", sea la última tabla de salvación a la que pueden agarrarse, para sobrevivir.

Sí, es cierto, no están los tiempos para Paseos, sino más bien para avenidas y autopistas. La motorización general no tiene más remedio que influir en el carácter de las vías urbanas, que se acomodan como mejor pueden a aquélla. A este respecto digamos que no es por casualidad, precisamente, por lo que nuestro eje urbano Norte Sur, que comienza por el Paseo del Prado, y sigue por los de Recoletos y Castellana, termina con la Avenida del Generalísimo, que continúa después por la autopista, abierta porque no es de pago, que nos acerca a Burgos.

Así es que, comprendemos perfectamente, el hecho de que la ciudad es un elemento vivo, y consecuentemente en continua evolución. Lo que ocurre, es que pensamos que, ésta, debe hacerse produciendo los menores traumas posibles en lo existente, y respetando todo aquello que lo merezca por razones estéticas, humanas, históricas, o de tradición. Y, sobre todo, que cuando se decida la modificación de un elemento urbano, se haga con el máximo cuidado y con la seguridad de que es inevitable, sabiendo perfectamente de antemano por cuál va a ser sustituido. En este campo, no es posible la marcha atrás.

Inicio el intento de un recorrido histórico sobre los Paseos madrileños. Me ayudaré de algún libro que otro. Es evidente que mi prosa, sobre ser de inferior calidad que la de mis informadores, nunca podría tener el estilo, carácter y veracidad, que destilan los trozos que voy a transcribir; se me perdonará la licencia

que me tomo, evitando el refrito, siempre molesto.

**MADRID- 1848. Pascual Madoz.** "Destruídos en los últimos siglos los hermosos bosques que poblaban las cercanías de Madrid, quedaron sus campos convertidos en áridos desiertos y privados de las grandes ventajas que el arbolado proporciona, templando la atmósfera, la violencia de los vientos, dando lluvias abundantes y frecuentes, purificando el aire de los muchos miasmas de que se halla impregnado en las grandes poblaciones, y sirviendo de pararrayos naturales que impiden las acumulaciones eléctricas, tan perjudiciales a la salud como a la agricultura. Después de esta época, el arbolado de Madrid era muy escaso; hasta que el celo de los Monarcas del siglo pasado, hizo que se practicasen algunas plantaciones, que hermozasen algún tanto la Capital: tales fueron el Paseo del Prado, y algún otro trozo, como las Avenidas de las Puertas de Segovia y San Vicente, Cuesta de Areñeros, y las inmediaciones del Canal. Después de la instalación de estos primitivos paseos, hubo un largo intermedio, en el cual no se crearon nuevos hasta el año 1807; entonces se plantaron los árboles que adornan la Ronda, desde la Puerta de Atocha a la de Toledo, y los que van desde la Plazuela del embarcadero al Paseo de las Delicias. En 1817 a 1820 se adornaron las Avenidas que van..." y continúa Madoz, explicando puntualmente todos los Paseos y plantaciones que se crearon en Madrid en la primera mitad del siglo XIX.

Antes de seguir adelante, observemos que el problema de las grandes ciudades, en su vertiente higiénica y sanitaria, no es de hoy. La tan cacareada polución, hoy en plena actualidad y vigencia, ya preocupaba en los comienzos del siglo pasado. Madoz, emplea la palabra "miasmas", indudablemente más eufónica que la actual; pero, no nos cabe duda, se refería a lo mismo. No serían los escapes de los automóviles, ni las chimeneas de las calefacciones, por supuesto, las causas de la contaminación del aire de Madrid, sino otras. ¿Los insectos, que siempre acompañan al ganado caballar, entonces numeroso? ¿Las chimeneas de los hogares madrileños de aquella época, seguramente abundantes? ¿El sistema de alcantarillado — ¡Agua va! — primitivo del que se valieron en la Villa hasta que Bravo Murillo, lo arregló con el Canal de Isabel II? Todo lo dicho, y algunas cosas más que ni nos suponemos, contribuirían a la producción de miasmas, contra las que se procuraba luchar con la creación de Paseos.

También nos enteramos, de que fue en los primeros años del Siglo XIX, cuando se iniciaron la plantación de árboles y creación de Paseos extramuros de la Villa. En realidad, parece que, siguiendo a Madoz, cualquier vía importante que se abría fuera de la cerca de Madrid, era de forma obligada proyectada con el perfil transversal tradicional de Paseo, es decir, con dobles filas arboladas a los lados para los transeúntes y calzada central para carruajes. Todo ello con anterioridad a la aparición del napoleónico perfil de "boulevard", que más adelante se impuso, y que tiene su versión mediterránea en las típicas ramblas.

Continuamos con nuestra historia; veamos ahora lo que nos dice don Ramón Mesonero Romanos, sobre la creación del Paseo madrileño de más categoría y popularidad, durante el



La Plaza de la Cibeles y paseantes del Madrid de hace años.



reinado del Monarca español que dio mayor impulso a la urbanización y embellecimiento de Madrid, y que no es otro, como es notorio, que Carlos III.

**EL ANTIGUO MADRID.— 1861. Ramón Mesonero Romanos.**

**EL PRADO.—** A la cabeza de todos los Paseos de Madrid se coloca naturalmente el del Prado, célebre en los tiempos antiguos por las intrigas amorosas, los lances caballerescos y las

“La concurrencia al Prado es general, y casi permanente, y en sus diversos paseos se reúnen gentes de todas especies y gustos. Los verdaderos paseantes por comodidad, que gustan de andar despacio y sin tropel, pararse a hablar con los amigos, tomar un polvo y recordar sus juventudes, prefieren el paseo desde el Convento a la Puerta de Atocha. Los provincianos y extranjeros, gustan del lado del Botánico, donde la vista y fragancia de este

No cabe duda que la lectura siempre instruye, a veces proporciona noticias sorprendentes. Como ésta de que la máxima animación en el Paseo del Prado se produjera desde las 12 del mediodía hasta las 3 de la tarde. ¿A qué hora almorzaban, por lo tanto, nuestros tatarabuelos? ¿O acaso, dejaban todo, incluso el comer, por pasear? Leyendo a Mesonero, volvemos a encontrarnos con costumbres madrileñas, ya desaparecidas o en trance de próxima desaparición; tales la del paseo y la de la tertulia al aire libre, en las calurosas noches veraniegas.

Siguiendo ahora hacia el Norte geográficamente, y de padres a hijos dinásticamente, nos encontramos con el Paseo de la Fuente Castellana, que tal es su nombre primitivo, y con el Rey español Fernando VII. En efecto, bajo el reinado del Monarca español al que, según es sabido, le ponían fáciles las carambolas jugando al billar, se iniciaron las obras de construcción del Paseo, que prosiguieron más adelante, tras unos años de abandono, siendo Alcalde de Madrid el Marqués de Pontejos y dieron fin gracias a la actividad del también Alcalde madrileño D. Lino Campos, que dio cima a la obra.

Como al último nombrado, se le llama Alcalde constitucional, se supone que estuvo en posesión de la vara de Corregidor con posterioridad al año 1845 y que sería, por lo tanto, en la segunda mitad del siglo XIX, cuando se acabase la construcción del Paseo que, por cierto, estaba adornado por dos fuentes, la del Cisne y la que le daba su nombre.

La Fuente del Cisne, estaba situada en una plazoleta creada frente al Paseo del Cisne, hoy calle de Eduardo Dato, y nadie nos impide pensar que precisamente debajo del paso superior que hoy atraviesa la Castellana. Esta fuente ha desaparecido de la circulación, siendo muy posible que se encuentre arrumbada en los almacenes de la Villa. Antes de su colocación en el Paseo estuvo en el patio del Monasterio de San Felipe el Real y consiste “en un pilón circular de granito, últimamente fabricado, en cuyo centro se eleva una columna de mármol con mascarones que sostiene una taza poligonal de igual materia, sobre la cual hay un Cisne de plomo en actitud de ser ahogado por una culebra, echando agua por la boca: es obra de D. José Tomás”. Pensamos nosotros que, si por fin se hace el Museo de escultura al aire libre en los alrededores del paso superior, junto al desnivel de la calle de Serrano, a lo mejor será el momento de sacar de su ostracismo a la obra de Tomás, para adorno de los jardines que se creen. Con imaginación e inteligencia, pueden colocarse próximas, quizá no cerca, esculturas de distinto estilo; y veríamos, junto a Tomás, a Chillida, Serrano, Serra y Oteyza.

La Fuente Castellana, hoy en los jardines de la Arganzuela, después de su estancia pasajera en la Plaza de Roma, antes Manuel Becerra, estuvo a punto de ser emplazada en el lugar en que se colocó la anterior, pero el Rey Fernando VII, quiso que no fuese sólo un monumento, sino algo útil y por ello se emplazó en sitio adecuado para que sirviese de fuente para beber. La primera piedra se colocó con posterioridad a la muerte de su regio promotor, siendo el diseño de la misma original del Arquitecto D. Francisco Javier de Mariátegui, que también dirigió su construcción. De

jardín de un lado, y del otro el continuo paso de coches y caballos los entretiene agradablemente. Hay quien se dirige con preferencia al paseo de San Fermín, desde la Carrera de San Jerónimo a la calle de Alcalá y muchos que hallan su recreo en el trozo llamado paseo de Recoletos; pero la juventud elegante, y a cierta hora toda la concurrencia en general, viene a refluir al hermoso salón, situado en el centro del Paseo. Allí es donde reinan las intrigas amorosas, donde la confusión, el continuo roce, las no interrumpidas cortesías, la variedad de trajes y figuras, el ruido de los coches y caballos, el polvo, los muchachos que venden agua y candelas, y una vida en fin desconocida en los demás paseos de la Corte, producen una confusión extraordinaria, que al principio molesta a los forasteros, y concluyen por aficionarse a ella. Es singular en especial el espectáculo de este paseo en una de las hermosas mañanas de invierno, en que luce todo su brillo el despejado cielo de Madrid. Vese en él de doce a tres del día la concurrencia más brillante, las gracias más seductoras, los adornos de más lujo, una multitud de coches y caballos, y en fin todo lo que puede ofrecer de elegante una capital. Igualmente es notable en las noches de verano, en que, sentadas las gentes bajo sus espesos árboles, forman tertulias alegres, respirando un ambiente agradable, después de días extremadamente calurosos. Finalmente, el Prado en todas ocasiones es el desahogo principal de Madrid”.

tramas políticas a que daba lugar su inmediatez a la Corte, casi permanente en el Retiro, y lo desigual, inculto e inmenso de su término. Pero todo mudó de aspecto bajo el reinado del gran Carlos III quien, por influencia del ilustrado Conde de Aranda, supo arrostrar graves dificultades, y transformar este sitio áspero y desagradable en uno de los primeros Paseos de Europa. Hubo para ello que allanar el terreno, plantar una inmensa multitud de árboles, proveer a su riego y adornarlo con primorosas fuentes, llegando a conseguirlo todo a despecho de los espíritus mal intencionados e incrédulos, que intentaron desacreditar tan bella idea. Entre las muchas trazas que se dieron para este Paseo, fueron preferidas las del capitán de Ingenieros don José Hermosilla, en las que sacó todo el partido posible de la irregularidad del terreno y de los límites que le señalaron”.

Mesonero Romanos señala como límites del proyecto de Hermosilla la Puerta de Atocha y la de Recoletos, hoy Plaza de Colón, situando por lo tanto en el centro del Paseo el famoso Salón.

Repitamos ahora que, además de para servir de vía de comunicación integrándose en la trama viaria de la ciudad, los Paseos tienen la función principal, mejor dicho tenían, de servir para pasear. Pasear, bien sea a pie o en carruaje. A este respecto, transcribo la deliciosa descripción que de las actividades sociales y comunitarias que se desarrollaban en el Paseo del Prado, nos hace Mesonero Romanos en el libro citado.



Vista del Museo y Paseo del Prado, de un grabado de la época

modo que fue con posterioridad a su reinado, cuando los deseos de Fernando VII culminaron, y de ahí el otro nombre con que se conoció al Paseo del que hablamos: Delicias de Isabel II. Verdaderamente el paraje debía ser delicioso; su irregularidad, en cuanto a ambos perfiles, transversal y longitudinal, propiciaba la creación de jardines, bosquetes, rosaledas y parterres; así como la colocación de bancos, cenadores y pabellones. En realidad, nos parece a nosotros desde la distancia, aquello debía tener más apariencia de Parque que de Paseo. Hoy en día, con cuidado y atención, podemos descubrir algún resto de las pasadas grandezas, en la variedad de las especies arbóreas, notoriamente en la Plaza en cuyo centro se alza en actitud oratoria D. Emilio Castelar, inmortalizado por D. Mariano Benlliure, precisamente en el sitio donde pensamos que estuvo la Fuente Castellana. Allí, junto a la acacia predominante, encontramos plátanos de venerable ancianidad y pinos de grueso y alto tronco.

En fin, vemos como ausentes las fuentes del Paseo, por contra, sentaron en él sus reales los monumentos conmemorativos y de homenaje, de Sur a Norte, dedicados a Colón, Castelar, Marqués del Duero y Reyes Católicos, los dos primeros con los protagonistas a pie, y los dos últimos ecuestres.

Se nos ocurre pensar ahora, en el desaparecido hipódromo, en la recta del pino del mismo, para mí desconocida, y en la chaquetilla de lunares del Conde de la Cimerá. Porque el espectáculo hípico se fue a las proximidades de la Cuesta de las Perdices, para facilitar la prolongación del Paseo, otra vez hacia el Norte. Desgraciadamente, ya el tráfico automóvil preocupaba, y olvidándose los proyectistas de que los vehículos de motor poseen unos utilísimos ingenios llamados volante que les permite cambiar de dirección fácilmente, despreciaron la vaguada sinuosa y sugerente, por la línea recta inflexible y fría "hasta donde sea", perdiendo el Paseo de ahora en adelante, con el carácter que arrastraba desde su nacimiento en Atocha, el nombre, convirtiéndose en una moderna Avenida.

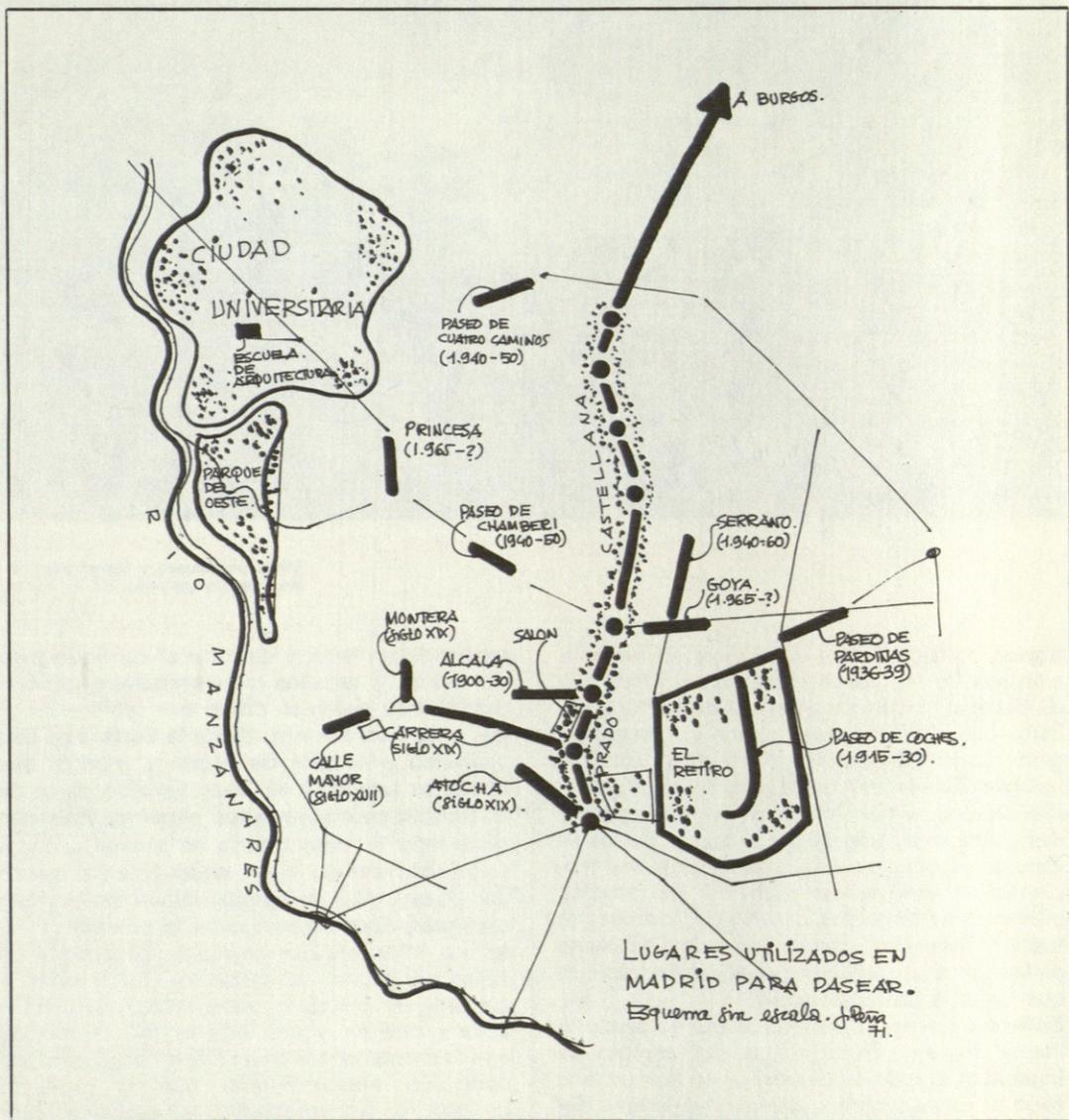
Ahora, no tenemos más remedio que dar un salto atrás, volver al Siglo pasado y continuar con nuestra ocupación eventual de ratón de Biblioteca, encontrando en la Memoria del Plan Castro, aprobado por R.D. de 8 de abril de 1857, publicado en la Gaceta del día 14, con el siguiente párrafo que copiamos: "Madrid es uno de los pueblos que, en proporción de su vecindario, menos superficie tiene destinada, en su interior, a paseos, plazas, y otros desahogos tan necesarios para el movimiento y el tráfico, como bajo el punto de vista del ornato y la salubridad. Al paso que otras grandes ciudades, atravesadas por caudalosos ríos, cuentan en su parte céntrica, con hermosos parques y plazas espaciosas, la capital de España no contiene un solo paseo dentro de su caserío; y barrios formados por estrechas calles, sin más interrupción que algunas ridículas plazuelas, ocupan sus más pobladas localidades". Nada triunfalista, sino al contrario, eminentemente contestataria, es la descripción que D. José María nos hace de la capital de España, a la que, para empezar, llama pueblo. Con ella, se justifica la necesidad del Ensanche, y las anchuras que para las vías de nuevo trazado se proponen. Anchuras que, a la vuelta de un Siglo, han quedado a la misma

altura, que las criticadas entonces. Entre la timidez del Plan y el que, de largo nos viene la tradición, no se cumplió ni poco ni mucho (es curioso decir en un aparte que en la unión de las calles de Lista y Velázquez, figura una plaza circular bastante amplia, y que las cuatro manzanas recayentes a ella se dedicaban a parque público) Madrid, hoy en el año de gracia de 1971, puede ser descrito, en lo referente a su zona céntrica, que ahora ya incluye los ensanches de principio de siglo y posteriores, con palabras idénticas a las que emplea Castro en la Memoria de su Plan de Ensanche.

Pero es inútil lamentarse, la cosa no tiene remedio, nosotros lo que nos interesa ahora, siguiendo el hilo de nuestra historia, es ver

iniciado las obras de la Gran Vía, y después, ayer como quien dice, la calle de Serrano, en el Barrio de Salamanca.

El llamado pinar de las de Gómez, no es otra cosa que el tramo de la calle de Alcalá que mencionamos. Un par, o quizá ya sólo uno, de pinos restan en pie hoy, para dar fe de que el nombre, que a modo de mote pusieron los madrileños, no fue un capricho. Cuando el día era fresquito y apetecía tomar el sol, el paseo se celebraba por la acera del Ministerio; día caluroso o temporada veraniega, el paseo se trasladaba a la acera del Banco de España. Claro que en verano, la paseante que no marchaba de vacaciones estivales a San Sebastián o Zarauz, se recluía en su domicilio, para no dar que



adónde encaminaron, nunca mejor dicho, sus pasos los madrileños para ejercitarse en el arte del paseo. Porque, una de las características de los paseos, es que pierden actualidad su realización en un Paseo, y se trasladan inevitablemente a otro. En Madrid, parece que además de los Paseos, las gentes desde antiguo, empleaban las calles para pasear. Y así utilizaron; la Mayor en el XVII, a partir de la Puerta de Guadalajara, más adelante la de la Montera, luego la Carrera de San Jerónimo, a principios de éste siglo la calle de Alcalá en su tramo casi horizontal que va desde Cibeles a Caballero de Gracia, todavía no se habían

hablar, y el paseo perdía en gran parte su animación.

El próximo traslado de los paseos madrileños fue al Paseo de Recoletos y al de Coches del Parque del Retiro, coexistiendo en ambos sitios. El de Recoletos, más adelante se alargó a los primeros tramos de la Castellana. Por la parte de la derecha, se paseaba a caballo, según nos cuentan, mientras que por la izquierda se iba a pie; por el centro, en carruaje. Y en estas condiciones, se llegó al histórico año 1936.

Quien esto escribe, permaneció en la Villa durante el ya lejano período bélico; por la edad estaba en la de iniciar mi actividad como

paseante, con pantalón corto, barba incipiente y afición al cambio de impresiones con las madrileñas de mi generación. Siendo excesivamente abiertos los ambientes de Recoletos y Castellana, y cerrado el Retiro en su mayor parte —sólo quedó utilizable para el público la franja situada al Este del Paseo de Coches— el paseo vespertino se celebraba en la calle de Alcalá, zona de Pardiñas, en el espacio comprendido entre Príncipe de Vergara, hoy General Mola y Goya. Allí, si la temperatura era bonancible, y las actividades guerreras permanecían ociosas, se paseaba de un lado para otro, antes de recogerlos en nuestros domicilios. En la acera de enfrente, el Teatro Pardiñas, hoy cine Alcalá, se dedicaba al culto de la zarzuela, el llamado teatro lírico nacional ya en trance de extinción, como el urogallo y los paseos.

¿Han desaparecido ya los paseos de Madrid? Ciertamente, no. Hoy en día aún persisten, en sitios muy localizados. Pero desde el año 39, ha seguido el traslado de esta actividad de un lado para otro. Por otra parte, surgió una nueva costumbre madrileña, hasta la posguerra desconocida en la Villa y que rápidamente se aclimató. Me refiero a lo que podríamos, siguiendo la terminología norteña, llamar "el chiquiteo". Una mezcla de ambas cosas, el paseo y el chiquiteo, fue la causa determinante del auge de la calle de Serrano, acera de los pares entre Goya y Lista, hoy Ortega y Gasset, que duró casi un cuarto de siglo y que, prácticamente, ha desaparecido. Porque en ella, dada la abundancia de establecimientos de bebidas, bares, tabernas, cervecerías era sencillo el beber lo que se terciase, y la anchura de las aceras permitía, con su doble hilera de acacias, lo colocación de amplias terrazas con las mesas que los industriales sacaban a la calle. Por eso Serrano se impuso rápidamente a la Castellana, Recoletos, Retiro, etc., y fue el no va más de los paseos madrileños. A la vez, y con carácter de paseos de barrios, seguían funcionando el de Chamberí, en el bulevar de la calle de Carranza, el de Cuatro Caminos, en el bulevar de la Avenida de Reina Victoria y el de Pardiñas en el mismo sitio que antes mencioné.

Pero estrechadas las aceras, de todas las calles de Madrid que las tenían anchas y sin discriminación; desaparecidos todos los paseos centrales de todas las calles con perfil de bulevar, también sin discriminación, y ocupados por automóviles aparcados los que quedan bien escasos: ¿aún pasean los madrileños que están en edad de hacerlo por alguna parte? Que nosotros sepamos en dos; calle de Goya y calle de la Princesa. Paseos ambos de gran animación y con diferentes usuarios.

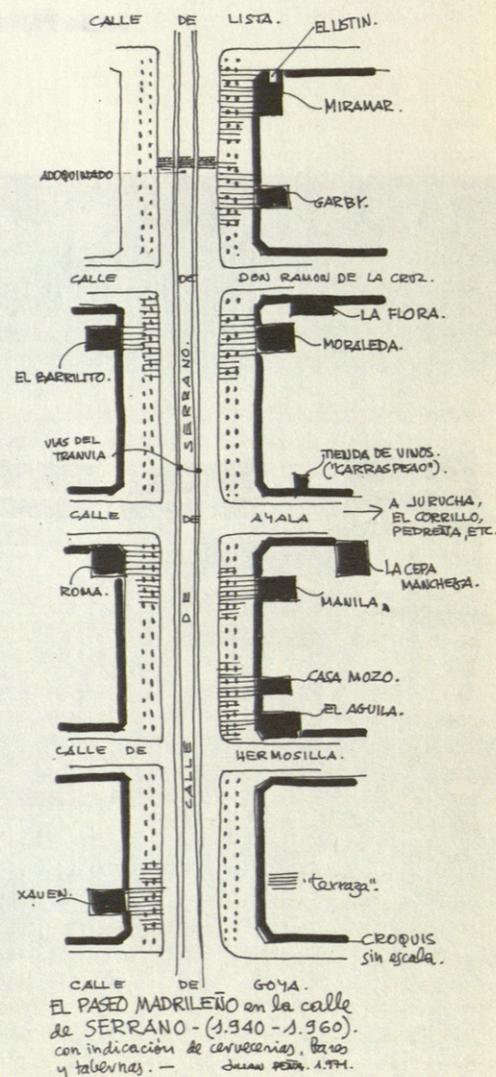
El de la calle de Goya, desde el edificio Carlos III hasta la cafetería California 47, ni un metro más, es disfrutado por el elemento más juvenil. Cercanos hay colegios, para ambos sexos. En la acera de enfrente se encuentra el Instituto de Enseñanza Media (suponiendo que ahora se llame así a un Instituto de Enseñanza Media), Beatriz Galindo, Instituto femenino por más señas, circunstancia especial para proporcionar una excelente materia prima para el paseo. La acera es estrecha, el tráfico automóvil de la calle ruidoso y molesto, pero a pesar de ello, el paseo es animadísimo a la caída de la tarde. Uniformes de colegiales se mezclan con las "minis", "maxis" y "shorts" de las otras. Dominan, sin embargo, los pantalones, gentil-



El paseo de la Castellana hace pocos años cuando aún en Madrid no había tanto coche y por el paseo se veía algún que otro paseante.

mente llevados por las madrileñas que alcanzarán el fin de este siglo antes de cumplir los cincuenta. Algún estudiante de 50 de Bachillerato tose ante el picor que en la garganta le produce el humo del primer pitillo. A veces de espaldas, resulta difícil distinguir a los distintos sexos, tanto se han unificado los atuendos y las cabelleras de ellos y ellas. En Viena Capellanes, entran en su gran mayoría, para tomar un sandwich vegetal o un pastel de nata, que empujan con la bebida gaseosa que les place. Notamos que la raza, como era de esperar, mejora. Muchos y muchas, son más bien altos y "con buena facha". Los bancos son utilizados para la tertulia, ya que resulta imposible la colocación de mesas dada la estrechez de la mal pavimentada acera. Los paseantes se detienen ante los escaparates de las tiendas, especialmente de las que se dedican a vestimenta para mocitos de ambos sexos.

El paseo de la calle de la Princesa, se celebra en el tramo comprendido entre la Plaza de la Moncloa y la calle del Marqués de Urquijo, y principalmente en la acera de los impares, donde abundan los establecimientos aptos para el chiquiteo. Aquí, como la acera es un poco más ancha, existen mesas en el exterior que se llenan al caer la tarde y al mediodía. El barrio de Argüelles, se nos ha convertido en un sector de la ciudad con amplio predominio del elemento universitario, una especie de "rive gauche" para andar por casa. Aquí el Boul. San Mitch., nos parece que es esta calle que emplean los universitarios madrileños para pasear y tomarse unos tintos, o blancos, aunque menos de este segundo color. Los usuarios de este paseo, son de otra generación que los de la calle de Goya y ya cursan la enseñanza superior. Aquí la clientela la generan las Escuelas y Facultades, por lo tanto junto al madrileño de nacimiento, pasean los procedentes de las distintas regiones del país que cursan sus estudios en la heredera



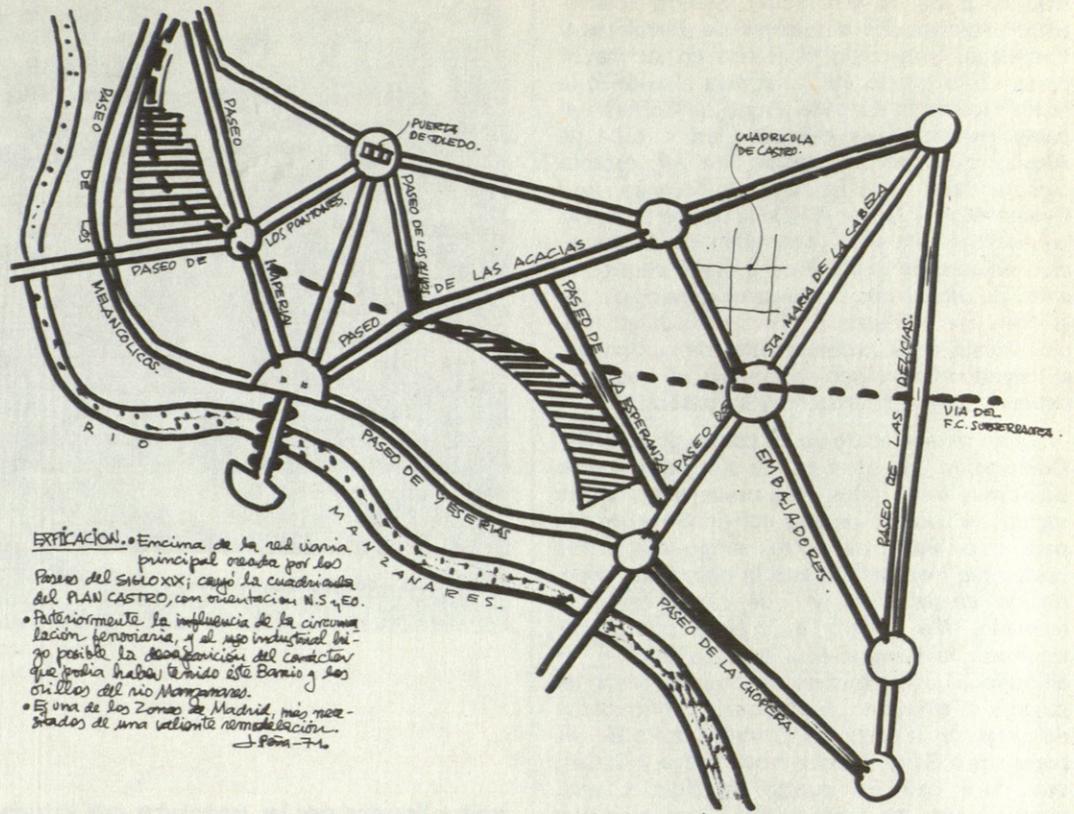
EL PASEO MADRILEÑO en la calle de SERRANO - (1.940 - 1.960). con indicación de cervicerías, bares y tabernas. — JUAN PÉREZ. 1974.

de la Complutense. Oímos distintos acentos y planes para hacer una escapada a casa, ventajas de la motorización, aprovechando algún próximo puente oficial o unas vacaciones que se autoprograman por iniciativa propia. Casa Manolo, continua, como en nuestra época estudiantil, siendo uno de los puntos claves de la zona. Ahora parece más una cafetería que una tasca, seguramente por motivos tácticos comerciales. Sin embargo, continúan los pinchos de tortilla y las raciones de calamares fritos o de pulpo a feira, consumiéndose en gran escala. En el cercano Quinto Toro, encontramos las paredes llenas, en extraño maridaje, de documentos gráficos taurinos y deportivos. Junto al pase de pecho, la estocada hasta la bola o la media verónica, vemos la melée, la touche, o la patada a seguir. ¿Se seguirá jugando al mus, en el comedor de dentro?

Si alguno de mis lectores, sin sentarse en un banco de vez en cuando para descansar, me ha seguido sin pestañear desde el principio en este paseo por los Paseos madrileños, le supongo fatigado y deseando llegar a casa. Así es que resulta de lo más oportuno, dar por terminado este comentario.

Pero, a lo mejor se le ocurre preguntar a alguno, ¿no iba Vd. a decir algo sobre el futuro de los Paseos madrileños? Tendremos que responder. El futuro, según se desprende del pasado y del presente, no puede ser otro que oscuro e incierto; como el reinado de Witiza, no hay que darle vueltas.

Julían PEÑA



El antiguo "tontódromo" de Serrano preparado para recibir a la clientela

